EL SABIO QUE NUNCA DEJÓ DE PREGUNTAR

SANTOS JULIÁ (1)

Mis recuerdos de Juan Linz guardan siempre una gratificante relación con los veranos, cuando acudía puntualmente a los cursos que tuve ocasión de organizar en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, por encargo de sus rectores Ernest Lluch y José Luis García Delgado, celebrados en Santander y en La Coruña en la última década del siglo pasado. Naturalmente, se trataba de cursos sobre la República, la Dictadura o la Transición, que de todo eso, y de mucho más, sabía el maestro. Y allí acudía él, a impartir la lección que le había asignado, sobre el sistema de partidos o sobre la naturaleza del franquismo, y a sentarse durante el resto de la semana entre los alumnos, no en las primeras filas pero tampoco en las últimas, para escuchar con atención a todos los participantes en el curso.

A sentarse, a escuchar e invariablemente, al final de cada lección, a debatir. Era asombrosa la facilidad con que evocaba a cualquier presidente o ministro de Argentina o de Chile en el periodo de entreguerras, o el nombre, más bien desconocido para todos los que le escuchábamos, de algún político coreano, o brasileño o de cualquier otro Estado de los dos hemisferios. Daba la impresión de saberlo todo –y recordarlo todo- de la política, la sociedad y los dirigentes de cualquier país que viniera a cuento por motivo de comparación o de contraste con lo ocurrido en España durante todo el siglo XX, desde los tiempos de la Restauración hasta la democracia, pasando por la República y la Dictadura. Para quien moderaba la sesión no era difícil percibir en los alumnos un gesto de asombro y de cierta incredulidad al comprobar que

(1) Catedrático Emérito de Historia del Pensamiento Político en la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED).

aquel profesor, metido ya en años y sin darse jamás ninguna importancia, como quien no quiere la cosa, lo escuchaba todo y de todo debatía al instante de abrirse el coloquio.

Más que nada, me sorprendió su capacidad de preguntar y preguntarse, problematizando cualquier cuestión que se daba por cerrada, con ese aire de ingenuidad que atribuimos a los niños, y que es, en realidad, la nota que distingue a los verdaderos sabios que nunca dejan de preguntar por qué, por qué. Siempre preguntaba acerca del por qué de las cosas, un por qué de todo lo que otros, menos sabios, creíamos tener resuelto. En aquellos cursos en los que tuve el placer de contar con su presencia siempre me admiraba su capacidad de plantear como punto de partida una pregunta que abría el camino a una profundización y expansión en el conocimiento. Y ahora, recorriendo la espléndida edición de sus obras, preparadas por los profesores José Ramón Montero y Thomas Jeffrey Miley, y publicadas por el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, he podido comprobar que la pregunta siempre fue para Juan Linz como el cimiento sobre el que construía su sabiduría; que siempre andaba preguntándose sobre el cuándo, el por qué y el cómo de todo; que, en fin, las preguntas dirigidas a los demás eran solo la manera de expresar en voz alta lo que nunca dejaba de plantearse a sí mismo en voz baja sobre el presente: ¿por qué aún totalitarismo? ¿De la edad del totalitarismo a la edad de la democracia? ¿Cambio dentro del sistema o cambio del sistema? ¿Cambio económico y social sin cambio político? ¿Evolución o revolución? Sobre el pasado: ¿fue totalitaria la Italia fascista? ¿En qué medida representaban los representantes en la España de la Restauración? O atisbando el futuro: ¿un futuro Estado español como sociedad multinacional? ¿Una España de nacionalidades?

Por supuesto, esas preguntas nunca eran ingenuas. Partían de una impresionante acumulación de conocimiento sobre los dos grandes temas que nos han afligido desde la infancia y que ensombrecen nuestra vejez, con el respiro de aquellos años en los que creíamos que al fin habíamos logrado construir un Estado que disfrutaba por vez primera de una legitimidad masiva. Las preguntas se referían siempre al *nation-building* y al *state-making*. De nación andábamos todos, todavía, curándonos del empacho sufrido desde los años de nuestra infancia; y de Estado casi podíamos presumir, lejana ya aquella congénita debilidad que fue costumbre atribuirle en los años de nuestra juventud: demasiada nación –España- para tan poco Estado –el español. En los años noventa llegamos a pensar que nuestra nación era más o menos como las demás y que nuestro Estado, recién incorporado a Europa, si era un caso, lo era entre otros muchos que tampoco dejaban de serlo.

En aquellos encuentros de los veranos, entendí yo que Juan Linz había tenido mucho que ver en la configuración de esa nueva mirada al pasado que, respecto a la nación y al Estado españoles, rompía definitivamente con el sempiterno ensimismamiento de la excepcionalidad —el *España es diferente*— para poner en su lugar una pregunta que interrogaba sobre los procesos políticos y sociales liberándolos de cualquier determinación metahistórica. ¿Y si los españoles votaran como los italianos?, preguntó Linz hace muchos años, cuando ni remotamente podíamos imaginar que algún día acudiríamos libremente a las urnas (2). No importa ahora tanto la respuesta que dio a aquella pregunta como la pertinencia de la cuestión. Eran los tiempos en que andábamos angustiados con la pregunta más célebre de toda la dictadura: después de Franco, ¿qué? La había planteado, en inglés, Dionisio Ridruejo en 1961 en su colaboración a un número de *The Monthly Review* dedicado a España, y la había repetido cuatro años después Santiago Carrillo para titular uno de sus más bien plúmbeos informes sobre la situación política en España y el paso de la dictadura a la democracia. Los dos, Ridruejo y Carrillo, miraban hacia dentro, a la evolución política del régimen y de la oposición por ver si vislumbraban un camino de salida a la dictadura. Linz dirigía con su pregunta sobre el voto la mirada hacia atrás y hacia fuera y respondía, como la cosa más natural del mundo, que lo más probable sería que los españoles, si se convocaban elecciones, votaran como los italianos, de lo que resultaría, teniendo en cuenta la tradición histórica de la que procedíamos, un sistema pluripartidista en el que los demócratas cristianos y los socialistas ocuparían las posiciones centrales, con un partido comunista que limitaría el poder de los segundos. Las cosas no fueron exactamente así pero tampoco lo contrario. En todo caso, lo que nos importaba entonces de aquella hipótesis era que, en efecto, nada impedía llegar a ser en el futuro como los italianos eran ya en el presente, es decir, una democracia montada sobre un sistema de partidos políticos en el que demócratas cristianos, socialistas y comunistas desempeñaran un papel principal. En resumen, después de Franco, como en Italia: liquidar la mirada ensimismada, dejar de llorar siempre sobre la fatalidad que nos condenaba a ser diferentes.

---

(2) Lo hizo nada menos que a finales de los sesenta, en su trabajo sobre «The Party System of Spain: Past and Future», en Seymour M. Lipset y Stein Rokkan, eds., *Party Systems and Voter Alignments: Cross-National Perspectives* (Nueva York: Free Press, 1967), pp. 197-282, recogido en las *Obras Escogidas,* vol. 6, *Partidos y elites políticas en España* (Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2013), cap. 4, «El sistema de partidos en España: de la Restauración a la Guerra Civil», pp. 147-234. Y volvió sobre el tema en J. J. Linz y José Ramón Montero, «The Party Systems of Spain: Old Cleavages and New Challenges», en Lauri Karvonen y Stein Kuhnle, eds., *Party Systems and Voter Alignments Revisited* (Londres: Routledge, 2001), pp. 150-196; en el capítulo 11 del mismo volumen 6.

Hoy nos enfrentamos a otros problemas, y nos falta Juan Linz para formular las preguntas pertinentes. Pero es seguro que si estuviera aquí, con nosotros, levantaría la mano y pediría la palabra, no para dogmatizar sobre tal o cual cosa, sino para sugerir, con una pregunta, algo que abriera la mirada a nuevas perspectivas desde las que abordar nuestros problemas. ¿A ver qué dice Linz?, me pregunté no hace mucho tiempo cuando trataba de encontrar algún argumento sobre la proliferación de naciones, o nacionalidades, o realidades nacionales, a la que hemos asistido durante los últimos años; es seguro que siempre me dirá algo. Y en efecto, encontré su respuesta: la reorganización territorial del Estado español no puede responder a criterios homogéneos ya que intenta dar respuesta a demandas distintas. ¡Ah, si lo hubieran tenido en cuenta los que se han lanzado a la disparatada carrera de la reforma de Estatutos! Tal vez habríamos evitado este callejón en el que ahora andamos metidos, dando palos ciego por ver si encontramos una salida.